

# apuntes parlamentarios

## FIEL, PERO DESDICHADO

**N**ADIE, ni siquiera el novedoso Carrillo de los primeros tiempos, fue recibido con tanto silencio. Y esta es la forma que la elocuencia aprobatoria adopta entre los culpariantes. El silencio y la asistencia. Carrillo, por ejemplo, llenaba el hemicycle; Camacho, llenaba el bar (refugio de pecadores).

Y, sin embargo, Fraga no es orador. Un exceso de no dominado temperamento le lleva al atropello de las palabras largas (de ministro atropellaba a las personas cortas). Tiene tanta prisa en decir lo que siente (que en él es casi siempre lo que piensa), que devora las sílabas como un cohete devora los kilómetros.

Esto le pasaba, sobre todo, cuando llevaba el discurso escrito y preparado, en la primera intervención sobre un

*Si en la pasada legislatura se hubiese hecho una encuesta entre los diputados para designar al mejor parlamentario, Fraga no habría salido. La disciplina de voto está por encima de la evidencia. Pero el silencio expectante que precedía a cada una de sus intervenciones era un plebiscito.*

### VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

tema. Luego venía la segunda ronda, réplica o explicación de voto, y ahí Fraga crecía. Unas anotaciones improvisadas al hilo de las intervenciones, ajenas, se convertían después en refutaciones brillantes.

Un análisis de fondo acaso vería allí sofismas encubiertos. Pero en un Parlamento no se va a descubrir la verdad entre todos, sino que cada uno quiere imponer por votos su verdad particular. Que no se escandalice por esto algún demócrata antiguo (es decir, de hace tres años). La grande-

za —y utilidad— del juego democrático está en que, a la larga, de la pugna entre verdades e intereses particulares sale una resultante que es lo más aproximado a la verdad general.

¿Cuáles eran las armas parlamentarias de Manuel Fraga?

En primer lugar, su propio temperamento. Esa vehemencia, que tanto daño le hacía en política general, le valía aquí para dar emoción a sus palabras y transmitirla al auditorio.

A veces el éxito parlamen-

tario se logra, justamente, por lo contrario. Es el caso de un Garrigues Walker, que al hablar pone tal distancia irónica que parece estar contando algo que le ha ocurrido a otro.

En Fraga hay también ironía, y un caracteriólogo diría que, antes que nada, es gallego. Pero es una ironía la suya que parece nacer más del triunfo como opositor y de la preparación intelectual que de una manera de ser.

Fraga se enfrentaba a un Congreso que no se caracterizaba, precisamente, por lo elevado de su altitud media intelectual. Los partidos parecen haber heredado del franquismo un saludable desprecio por la cultura. De acuerdo con el *Eclesiastés* —“quien añade sabiduría añade dolor”—, teníamos un Parlamento de hombres felices.



La vehemencia, que tanto daño hizo al Fraga político, servía para dar verdad y emoción al Fraga parlamentario. Junto a ello, una preparación no común en un Parlamento escasamente culto. Así Fraga fue el diputado escuchado con más atención.

El opositor máximo lo sabía y en ocasiones abusaba de su condición con trucos de trunca. Metía la desazón en el prójimo ucedeo y cambiaba el cabeceo en voto. Eso pasó al votarse el artículo 14 de la Constitución: con su palabra rompió el consenso en tantas cenizas digerido.

Fraga vivió sus días más lúcidos en esos debates constitucionales. Los otros partidos estaban en pecado consensual y él jugó bien su papel de oposición. Era la suya una oposición desde la derecha, porque el texto le parecía demasiado avanzado.

En cambio, cualquier demócrata de izquierdas habría firmado su discurso cuando se discutió el proyecto de Ley sobre Relaciones Gobierno-Cortes. Defendió al poder parlamentario frente a la arbitrariedad con energía y corazón. Nuestro común amigo Quevedo le habría llamado "lidiador ahigadado".

• • •

Releo lo escrito y observo cierto tono entre laudatorio y necrológico. Ese "¡qué bueno era, qué bueno era!", que antes se decía en los entierros.

Algo hay de eso. "Partir es morir un poco, etc.". Y si Fraga se va, en esta legislatura ha muerto. Para un cronista parlamentario es mala cosa un Parlamento sin Fraga. Bastante desgracia fue ya la irreparable pérdida ministerial de Camuñas.

Por eso, si como ciudadano no lloro la derrota de Coalición Democrática, como periodista la lamento. Disfrutar un Fraga parlamentario ha sido casi tan bueno como malo fue sufrir un Fraga ministerial.

Cambiaría muy a gusto a cincuenta culparlantes (o cien) por este gallego tenaz que, acostumbrado al número uno en las oposiciones, creía tener siempre razón, saberse los temas mejor que nadie... También Fraga se equivocaba. ¿A quién voy a corregir ahora las citas de Maquiavelo? ■

## La nueva postura

**E**l día que boqueó, grandes señales había. Pero lo cierto es que se veía venir.

Hablo, claro, del infarto que dejó maltracho, condenado al cultivo de la melancolía, propio de las clases pasivas, a don Manuel Fraga Iribarne.

Se veía venir en principio por la textura del personaje. Y no hablo de la psicósomática, naturalmente. Hablo, pues, de que se puede ser soberbio y funcionario público, soberbio y número 1, soberbio y *looser*, soberbio y ex ministro, soberbio y estadista al servicio de la Francia eterna, pero siempre hay que ser de este mundo. Y don Manuel Fraga Iribarne, digase lo que se diga, ya no lo era cuando se le fue la color. Tampoco era un *zombi*, sin duda.

Pero si un híbrido del pasado, a caballo entre los pretores del SPQR, los ardorosos comerciantes de la Mesta, los frailes arriscados que denunciaban al converso y aquellos señores baturros que, sólo por joder, entonaban el "Nos que valemos tanto como vos y juntos más que vos"... En suma, que el Siglo de las Luces, lo que se dice el Siglo de las Luces, no llegó nunca don Manuel. No ha de preocuparse por ello, también es verdad, porque, aquí, el Siglo de las Luces ha llegado muy poca gente. Y casi toda roja.

A moro muerto, gran lanzada, dice el refrán. Pero don Manuel Fraga, pese a lo mucho que hayamos podido calumniarle sus enemigos, nunca pasó de Ceuta o Melilla, y, sobre todo, aún colea; sólo tuvo un infarto, un arrechucho que nos lo mantendrá lejos el tiempo que el Altísimo estime preciso para restaurarle las fuerzas perdidas. Que no será mucho, pues si algo distingue al político de Villalba de sus colegas es justamente su capacidad de recuperación, tan afín a la del defensa escoba y a la de la chica para todo. Verán cómo lo tendremos pronto entre nosotros, confundiendo de nuevo el culo con las témporas, a Osorio con un monago y a Suárez con un mindundi, yendo de acá para allá y fartullando que o se le da el poder, o la nave del Estado se va a pique. Y como aquí la nave del Estado está a punto de irse a pique cada dos por tres, no le darán el poder, pero si un nuevo crédito para que amenice la espera de la catástrofe.

Pero basta de hablar de quien, por su presente estado, merece el digno trato que se concedió siempre al enemigo herido. Si traigo aquí el infarto que dejó al ex "sheriff" de la Puerta del Sol en la cuneta, no es para hablar de él, sino de lo que pasa. O, dicho de otro modo, de lo que hizo posible el ric-

tus doloroso y el posterior menosprecio de corte y alabanza de aldea de quien nacido en el campo supo ser cortesano, aunque rudo.

Y lo que pasa es que el infarto retorna. Y con tanta fuerza como para convertirse en la enfermedad de moda. Retorna por lo mismo que vuelven las faldas-tubo, los sombreros, las medias de malla, los zapatos de pulsera y todo lo que marcó el gusto vestimentario de la chavalería en los cincuenta —cuando el propio Fraga, y tantos más, con el optimismo propio de la edad temprana, acumulaba colesterol como si no fuera veneno—. Pero, eso sí, el infarto regresa como vuelven todos los *revivals*: de manos de la estilización e impulsados por el puro no saber qué

hacer. El *revival*, ya se sabe, no es otra cosa que la imaginación presa en un *cul-de-sac*. Y como en estos días de crisis vamos de culo y con caperuzas, vuelve el estilo "rock", vuelve Superman, vuelve la guerra fría, vuelve el Opus Dei. Y se van los restos auténticos que, de permanecer, delatarían los límites de la imitación de hogaño.

Por ello insinué ya que el infarto de Fraga, como todos los que se avecinan, ha de verse benigno. Y por ello también me consentí estampar juicios que la proverbial hidalguía ibera me habría vedado si El Hacedor de Todo lo Bueno De La España Moderna hubiese estado a punto de entonar el gori-gori.

El infarto que llega, y ha de verlo el lector, llevará muchas manos al pecho, mucho calambre al brazo, mucho desvanecimiento a la razón. Pero a la postre, nada: un simulacro. Y es que, a diferencia de aquellos duros tiempos en que nos abrimos al capitalismo avanzado y comenzamos a ver frecuentemente cómo caían fulminados sobre la mesa de trabajo nuestros primeros hombres de hierro, en los días que corren, quienes doblen la cerviz podrán levantar cabeza. Se les necesita.

Estamos ya, decía, en un callejón sin salida aparente, en el cual lo único obvio es que se pisó el freno para no estrellarnos contra un muro. Y en tales circunstancias parecen más necesarias que nunca la representación y el espectáculo.

La estabilidad del mundo, de la que es representante para España UCD, nos trae ahora los modales perdidos de los cincuenta, infarto incluido. Pronto nos traerán nuevas soluciones por igual sedicentes, pero entretenidas. Tal vez —¿por qué no?— aquellas antiguas cartillas de racionamiento. Estilizadas también. De quita y pon. Preparémonos. ■

## EL INFARTO

ISAAC MONTERO